

Sermón predicado en la fiesta de «La Bordadita»

El domingo 10 del mes pasado celebró el Claustro del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario la fiesta de su Santísima Patrona. La solemnidad tradicional de La Bordadita fue esta vez la reafirmación del incomparable fervor que sus hijos le profesan en todos los tiempos. Publicamos la magistral oración pronunciada por el señor catedrático de Apologética, presbítero doctor Alvaro Sánchez.

«State in fide, viriliter agite»

«Permaneced en la fe, obrad varonilmente».

San Pablo I,
Corint. XVI-13.

Excelentísimo señor Presidente, señores Ministros del Despacho, Monseñor:

Respetable claustro:

Largos años se cuentan desde el día en que un monarca español dio cédula de erección para este claustro y en que las manos de una reina se emplearon en la tarea piadosa de bordar para los futuros estudiantes la cara imagen de María. De entonces acá, cuántas generaciones han pasado delante de esa urdimbre, antaño flamante—oro y vivaces tonos—acaso aún perfumada por la esencia favorita de su majestad, hoy descolorida a causa de la caricia constante de los años que ruedan, olorosa a flores e incienso, consabido aroma del santuario.

Esos frágiles hilos se han impregnado de plegarias, han adquirido la consagración de los recuerdos, el noble prestigio de un símbolo. Esta imagen presenció los hidalgos triunfos del saber en los pacíficos años coloniales,

ante ella vinieron a pedir luz al cielo para la elección de rector aquellos antiguos consiliarios de rancia estirpe castellana, y los electos, acierto en el gobierno de su grey, mirada siempre como el tesoro, como el porvenir de la patria; ante ella—encendida la magna contienda de la liberación—vinieron los heroicos mozos conductores de huestes, capitanes de un ejército a quien Leonidas no hubiera desdeñado confiar la guarda del desfiladero legendario, para templar los ánimos y pedir a Dios fortaleza, y recogió Ella la contrita oración del sentenciado cuando estos muros dejaron de ser albergue de la sabiduría para convertirse en prisiones. Esta bordada seda presidió la restauración de estas aulas, el despertar del espíritu del Doctor de Aquino, poderoso como águila que consiente de la brava envergadura de sus alas, las bate sobre todas las cumbres del pensamiento; Ella presenció y presencia el desfile de una juventud que, sobre el pecho la vieja cruz de Calatrava, escudo de este claustro, en la mente la idea cristiana y la convicción arraigada de la fe; en el corazón, el santo ardimiento de las causas buenas, se lanza a segar en campo de abrojos frescas palmas que ofrendar en el ara de la religión y de la Patria. Por ella digo que a más de ser sagrada en cuanto representación de la Madre intacta del Dios-Hombre, es venerable como un símbolo, diríase que es vuestra bandera, mágico talismán de venturas, cifra de pretéritas glorias y feliz augurio de advenideras grandezas.

Yo bien sé cuán hondamente sentís estas cosas, yo no ignoro que al celebrar esta fiesta vibran acordes las notas de la tradición y de la piedad: amais la imagen de *La Bordadita* como se ama el recuerdo, el estandarte testigo de las obras proceras y de los empeños grandiosos, pero amais mucho más a vuestra virginal protectora en ese antiguo y desteñido lienzo representada. Podría yo, pues, escoger como tema de mi plática a un

asunto meramente histórico y patriótico, discurso hermoso ciertamente, pero un tanto extraño al lugar en que nos hallamos reunidos y al rito sagrado que en estos momentos presenciemos; o bien una dogmática exposición de la dignidad y santidad de Nuestra Señora, provechosa materia y muy propia para despertar devoción, pero tratada ya y de modo magistral por los sacerdotes que en años anteriores y en ocasiones semejantes os han hablado. ¿Por qué no me habías de permitir que en el presente, para gloria de María y provecho vuestro, os trazara un programa de juventud? No asumiré gravedad de maestro, me falta ciencia y experiencia para ello; os hablaré con la confianza y el cariño de un camarada. El auditorio ilustre cuya presencia prestigia nuestra fiesta, escuchará benevolamente esta instrucción y le prestará su autoridad.

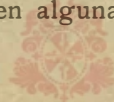
A mucha honra cuento ser compañero vuestro en la clase; recibid mis palabras como las de un alumno, si no más adelantado en estudios, sí en los años, que se interesa por vosotros como por causa propia, que os sabe estimar y amar entre otras cosas por que aún guarda sobre su frente un último lampo del sol de la adolescencia.

Dos cosas a mi ver deciden de los éxitos en la vida: las ideas y el carácter, la voluntad. Veréis, si me prestáis vuestra atención, cómo no es del todo ajeno a la devoción a María, este sencillo pero fecundo programa.

Es la juventud, dilectos amigos, tiempo de preparar época en que sobre un campo abierto al calor del entusiasmo, deberá regarse con generosa mano la semilla fecunda. Sin duda, por olvido de este elemental concepto, se pierden excelentes disposiciones, fracasan lastimosamente muchas bien dotadas inteligencias. ¿Buscaríais por ventura grano en los trigos que apenas apuntan o que-

rríais pedir fruto al naranjo cuando aún perfuma el azañar? Dad tiempo al tiempo, cuidado de aprovechar bien el presente, no queráis ser precoces. Pues qué, ¿no advirtió el Señor Jesús cómo cada día tiene su peculiar afán? Hoy de apresto, mañana de brega y trabajo. Tened entendido que la vida, así la pasada sobre la tierra como la que allende la tumba se dilata, será siempre de los mejor preparados. Y si me preguntáis: ¿qué linaje de preparación nos hará aptos para el logro de un puesto bajo el sol, de una palma bajo las miradas de Dios? Yo os responderé: Ante todo, *tened principios*. En esta nuestra edad prosaica nada hay que así se desestime y menosprecie como el culto de las ideas. Un positivismo grueso y sin fórmulas avanza reclamando la admiración y la adoración universal: nada vale si no es cotizante en oro, nada importa si no es traducible en provechos, cosa alguna interesa si no produce progreso material y bienestar equivalente; Dios, el alma, la eternidad, la conciencia, la responsabilidad, la moral: metasifíquenos e idealismos buenos para cuando los viejos doctores medioevales se descrismaban en interminables disputas y rompían lanzas a propósito de no sé qué algarabía escolástica; por dicha pasaron esos tiempos y hoy disfrutamos, horros y gananciosos, de la bienaventurada paz de las realidades tangibles.

Si me dijese que un horrendo contagio estaba cortando en flor todas las vidas juveniles, aún más, si supiese que los más abominables vicios hacían presa en vosotros, no me espantaría tanto como al pensar que la nueva generación amenaza crecer con la sonrisa del escepticismo en los labios: un miasma pestilente no logra destruir una raza, pueden combatirse sus influencias; los extravíos de los verdes años tienen alguna esperan-



zas de remedio, quizá la misma edad acaba por embotar el aguijón de las pasiones, empero ¿cómo y cuándo impedir los males dilatados que del indiferentismo se siguen? El indiferente, hombre es que en noche oscura apaga su linterna y se precipita por un desfiladero sin salida.

¿Qué vale un hombre sin principios? ¿Qué vale un hombre para quien es lo mismo la afirmación que la duda, a quien son indiferentes los más contradictorios postulados y que mira como orientación única de la vida las ventajas sensibles? Este tal, mañana cuando en su camino se atraviesen consideraciones de orden más elevado, pasará sobre ellas impasible, venderá la leal amistad, arriará la patria bandera. Pero es que a estas consideraciones precisa añadir un argumento fundado en nuestra misma naturaleza. Puesto caso, y no es suponer demasiado, que admitimos la diferencia esencial entre el hombre y el bruto, y dado que ese principio interior, causa fontal de todas las manifestaciones vitales, es por naturaleza indestructible, que no perece cuando nuestros elementos se disgregan sino que ha de subsistir para siempre, ¿quién no ve cómo el patrimonio por cuya consecución debemos principalmente cuidar, es el patrimonio del espíritu? Ya pues, él me dará, una vez poseído la norma segura de mis actos, conforme a él trabajaré para mis semejantes y para mi propio provecho, de él dependerá mi conducta como del movimiento de la imantada aguja depende el brazo y la actividad del timonel. Pero, ¿cuál es ese patrimonio del espíritu que hemos convenido en llamar principios, si no la verdad? Santa verdad en cuya búsqueda las más preclaras inteligencias han trabajado incansables y se han nevado las cabezas de los más ilustres pensadores! ¡Santa verdad, perseguida y siempre triunfante, servida con abnegación, amada con delirio, profesada a pesar del tormento, tu trono que tiene ma-

jestad de altar mulleron los mártires con sus venas abiertas y los sabios con la gloria de sus fatigas!

Los principios son al hombre lo que la armadura de hierro es a esas gigantes construcciones modernas: les presta unidad y fuerza. La tempestad, el mismo terremoto puede batirlas, hará saltar tal vez su ornamentación exterior, pero la mole del edificio permanecerá íntegra porque es una sola pieza. Así el hombre cuya inteligencia tiene por armadura la verdad será uno e íntegro. La lucha ruda del vivir, la flaqueza, propio de la mudable condición humana, se echará de ver en momentáneos desfallecimientos; las tempestades del alma—que también el alma tiene las suyas, y quizá más soberbias de las que baten los roquedos del mar y las cejas de las montañas—robarán al espíritu su tersura, mas el sér interior permanecerá íntegro porque es una sola pieza.

«La verdad, dice un célebre convertido contemporáneo, es el dón más precioso que Dios haya hecho a los hombres.... Para ti, para mí, para el mundo no hay sino una cosa necesaria: la verdad. Sin una plena convicción de la verdad la vida es imposible. En todos los momentos decisivos, en las dificultades apremiantes de la existencia surgirá como una esfinge esta pregunta: ¿Lo que yo creo es de tal manera verdadero que merezca conformar a ello mis actos? Nadie puede obrar plenamente teniendo por fundamento la duda. (1). Razón tenía Salomón cuando en elogio de la sabiduría, que no es sino la posesión de la verdad, escribió: «Preferíla a los reinos y tronos y en su comparación tuve por nada las riquezas, ni parangoné con ella las piedras preciosas: porque todo el oro del mundo respecto de ella no es más que una menuda arena y a su vista la plata será tenida por lodo. La

(1) Johannes Joergensen. *Sainte Catherine de Sienne*. Pág. 86. Edi Beauchesne. París 1920.

amé más que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por luz y norte, porque su resplandor es inextinguible. (1).

Hubo un hombre que desde un oscuro rincón de la Judea, como si desafiara a la sabiduría antigua y a las ciencias del porvenir, como si quisiera lanzar un reto a todos los vientos del espíritu, a todos los pueblos del mundo, a toda la longura de los años que fueron, son y serán, dijo de sí mismo: YO SOY LA VERDAD. Esta afirmación categórica no la habían oído los clásicos frontones de la Academia, ni los dorados pórticos de la opulenta Alejandría, ni se escuchó jamás en boca de los sabios griegos, ni en los labios de ningún soberbio romano; y en lo moderno, creo que vosotros no sabeis de nadie que hoya dicho, mostrando su cuerpo engendrado de la carne y destinado a convertirse en ceniza y su inteligencia flaca como una centellita que vacila al viento: Yo soy la verdad. Llamemos a juicio a ese hombre y preguntémosle: ¿Por qué enseñas esas increíbles novedades? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu origen? Eres Dios o eres un insentato? Oíd sus respuestas, que no hacen sino robustecer la primera afirmación: «Yo soy de arriba.... Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Yo soy el principio de todas las cosas. Yo nací de Dios y he venido de parte de Dios. Yo y mi Padre somos una misma cosa. (2) «¿Quién oyó jamás tales palabras? ¿Y qué concluiremos de ellas, este Judío será un loco? No, que el mundo lo esperaba antes de que naciera, y lo adora dos mil años há. ¿Será un blasfemo? Como prototipo de santidad lo reconocen todos los siglos, y en su imitación fincan el secreto del vivir perfecto los más virtuosos varones. Luego esta afirmación: YO SOY LA VERDAD no es ni una

(1) Salomón. *Libro de la Sabiduría*. Cap. VII, y siguientes.

(2) San Juan. Evangelio. Cap. VIII-23 y siguientes.

blasfemia, ni una insania inaudita de hombre amante, luego quien la profirió era Dios!

¿Os queda alguna duda? Estudiad su persona, estudiad su doctrina a la luz de todas las ciencias y no hayais miedo de que la fábrica por El levantada vacile. No sois los primeros que han discutido sobre su doctrina, que han puesto a prueba el fino metal de sus palabras, que han aplicado su inteligencia a investigar estas decisivas cuestiones; ni sois, y con ello creo no hacer agravio a nadie, de la misma talla de aquellos próceres de la mente que vosotros sabéis por la historia, cuyas obras como piedras de honda sabiduría han venido a rebotar mil veces sobre los muros de nuestros dogmas. Con todo, ¿qué ha perdido la verdad de Cristo? Unos ensayaron las armas de la razón y creyeron que a poder de doctas disertaciones, a luego de arruinarlo, levantarían un edificio par del erguido sobre las palabras del divino Maestro nazareno; y no lograron sino sembrar negaciones. Otros tuvieron por definitiva la aniquilación de las afirmaciones cristianas si dejaban caer sobre ellas la piqueta formidable de su ironía, la pulcra sonrisa del sarcasmo. ¡Hombres superiores, estos problemas son demasiado trascendentales para que cuadre bien la sonrisa desdeñosa! No se contestan formidables interrogantes con mover la cabeza a la manera de los escribas que al pie de la cruz se burlaban de la agonía del divino Mártir. Y cuando leemos vuestros libros galanos, plenos de escéptica ironía, parécenos oír dentro de un cerrado sepulcro un repiqueteo, que algunos pueden tomar por el sonido regocijado de unas castañuelas reidoras, y no es sino el agitarse convulsivos y temerosos vuestros huesos entre las manos del misterio!

Fijaos, pues, en las premisas y asentad bien la consecuencia. El hombre no puede vivir sin principios porque es sér racional, y así la norma y norte de la vida

tiene de buscarla en su parte interior e intelectual. Esta norma no puede ser otra que la verdad, ya que la verdad es el objeto propio y privativo del entendimiento. Por otra parte, Cristo nos asegura y comprueba que El mismo es la verdad; luego Cristo deberá ser el alma del alma, y su doctrina el claro fanal de la mente. Una vez más os repito: estudiad seriamente estas cosas, que mucho importan, hasta formar de ellas convicción razonable, *rationabile obsequium vestrum* (1), que dice San Pablo. La ignorancia es presumida, la ciencia dócil; la ciencia verdadera no puede menos de llevar a Dios.

Mas no basta tener principios, es necesario añadir la entereza de confesarlos. ¿De qué me serviría estar en posesión de la verdad si es mi carácter asaz abatido y apocado que tenga miedo de profesarla? Sería semejante al soldado que provisto de todas armas entréga su puesto cobarde, y tan culpable como él. ¿Me he convencido de la certidumbre de mis principios? ¿Sobre ellos no me cabe la más mediana duda? ¿Qué me espanta entonces? Si no son ellos supercherías ni ridículas necedades, ¿por qué me avergüenzo? Si por el contrario, son magníficos e inmovibles, si en su abono tienen las pruebas de la razón, la confirmación de la experiencia, el lustre de muchas generaciones que por ellos murieron, ¿cómo los he de confesar con ufanía? Alza, pues, la frente y osténtala, no marcada con el hierro de la esclavitud sino consagrada con el emblema de los libres; no manchada como con un estigma con la sombra de la mentira sino ungida como con óleo claro con la lumbre de las alturas.

¿Qué es el carácter sino aquella armonía que existir debe entre mi pensar y mi obrar, entre la conciencia y los actos? La falta de carácter guarda resabios de traición: la traición de la propia conciencia, la cobardía para

(1) San Pablo. Romanos XII-1.

consigo mismo. De ella no acusará la multitud, que acaso aplaude las condescendencias culpables, pero sí el inflexible juez que llevamos dentro; de ella no juzgará el vulgo, que tal vez premie la deserción y la califique de transigencia y mesura, pero juzgará Dios que ve los ocultos pensamientos y escudriña con limpia mirada los umbrosos escondrijos de la conciencia.

Sed hombre de voluntad, porque la voluntad triunfa en la vida. Estudiad las vidas de los grandes hombres y hallaréis en todas ellas como distintivo de esas fuertes personalidades, la tenacidad del propósito. «Todo se doblega ante una voluntad firme, dice Guibert, los seres inanimados y la misma fuerza bruta. Gracias a la perseverancia y a la tenacidad en los proyectos la naturaleza revela a la voluntad humana sus secretos y sus recursos, por esta razón se ha dicho que el genio es la paciencia sufrida y perseverante, y es cosa averiguada que la voluntad no tiene menos parte que el talento en los más admirables descubrimientos, en las más atrevidas empresas». (1). Ella, la voluntad, hinchó las velas del Almirante genovés y puso en los labios de Bolívar en Pativilca aquel *vencer* digno de ser celebrado en Esparta; ella mantuvo prendido el fuego bajo las retortas del sabio alquimista y abierta la página del libro ante los ojos del investigador atento; ella recogió la pluma o el cincel que al desaliento arrancara de los dedos del genio. Y si el propósito y la voluntad sirven para triunfar en la vida presente, no menos se necesitan para triunfar en la eternidad. «Quien pone la mano en el arado, y vuelve a mirar atrás, no es apto para el reino de los cielos», dice el Señor, y en otra parte: «el reino de los cielos padece fuerza y los violentos, léase los hombres de voluntad, son los que lo ganan». Sentencia que el devoto Kempis comple-

(1) Guibert. *La Educación de la voluntad*. Cap. I.

menta cuando dice: «El luchador diligente más fuerte será para la perfección, aunque tenga muchas pasiones, que el bien acondicionado si pone poco aliento en las virtudes». A la falta de firmeza de voluntad, de constancia en los propósitos, deberá atribuirse así las desventuras presentes como la del alma en la eternidad. De buenos propósitos está lleno el infierno, dijo alguno, y dijo bien: que no castiga Dios la inculpada ignorancia sino la cobarde flaqueza.

Nada tan incongruente y repulsivo como una juventud apática, en cuyas arterias no hay sangre, en cuyo interior no hay entusiasmo. Permitidme una cita profana, permitidme que os diga con el autor de *La ciudad alegre y confiada*: «A la hora del combate que me den hombres que luchen por algo, con chusmas de pícaros se fundaron ciudades, se conquistaron mundos; con virtudes discretas, con vicios temblorosos, fueron desvaneciéndose como niebla pueblos y razas, que ni siquiera espantaron al caer porque no fue caer el suyo, fue desmoronarse». (1).

Os he señalado dos consejos: tened principios, tened carácter y voluntad; dejad que añada uno postrero. Es preciso que las costumbres corran parejas con los principios y las doctrinas profesadas. Verdad es que, mi buena o mala vida hace verdadera o falsa la doctrina que profese, pero qué mal concuerdan luz en la mente y desarreglos en la vida: Si yo, sacerdote, creyendo como creo en Cristo y profesando ser su ministro, no cuidase en lo posible de conformar mi vida con las enseñanzas de mi Maestro, no por ello sería menos verdadera la doctrina que predicara, mas qué mal abogaría por ella y qué tristemente la defendería, pues en su grado cada cristiano debe ceñir su vida a la verdad y

(1) Benavente. *La Ciudad alegre y confiada*.

ser de ella con su conducta, un testigo fehaciente. Tal así en los primeros siglos, el gentil no tanto discutía con el cristiano sobre los fundamentos y veracidad de sus dogmas cuanto se animaba a convertirse con el ejemplo; y su raciocinio era lógico: si los frutos son de la naturaleza del árbol, la bondad, la caridad, la abnegación, la ejemplar vida del creyente no podían brotar sino de la raíz de una doctrina verdadera. Por otra parte, cómo es de temerse que de no ajustar el proceder al credo profesado, venga al cabo a debilitarse la fe y a morir en el alma, no de otra suerte que las plantas faltas de sol vienen a perder sus colores, a marchitarse y perecer. «Es preciso vivir como se piensa, escribe un celebrado psicólogo contemporáneo, a riesgo de acabar pensando cómo se ha vivido» (1).

Caros jóvenes, haced bella la vida haciéndola pura. Por boca de la misma sabiduría increada sabemos el elogio de las generaciones inmaculadas. «Oh! cuán pulcra es la generación casta con esclarecida virtud, inmortal es su memoria y celebrada delante de Dios y de los hombres». (2). Os engañáis al querer apurar en la vida todo el placer, la copa hoy dulce guarda en su fondo ácido sabor de desencanto; las ligerezas juveniles gérmenes son de futuras tristezas; la pura y laboriosa juventud hace noble y provechosa madurez, augura ancianidad coronada.

¿A qué marcar la senda de los primeros años con pasos que más tarde quisiérais borrar con lágrimas? ¿Por qué no correr desde la adolescencia por la ley del Señor? Que cada uno de vosotros pueda decir las palabras del salmo: «Héme deleitado más que en todos los tesoros en seguir el camino de tus preceptos».

(1) *Il faut vivre comme on pense, sinon, tôt ou tard, on finit par penser comme on a vécu.* P. Bourget.

(2) Salomón. *Libro de la Sabiduría*, IV-1.

Y concluyo. El tema que malamente he desarrollado ante vosotros tiene muy estrecha relación con vuestra fiesta. Se os ha dado por protectora a María y no sin sabio acuerdo de los fundadores de este claustro secular. Es Ella trono de la sabiduría, torre ebúrnea de fortaleza, y santa y virgen por modo soberano y sublime; acudid a Ella en demanda de sabiduría, pedidla fortaleza, bajo su protección acojeos para no sucumbir en las celadas del pecado.

Este Colegio ha sido fábrica de sabios, de egregios caracteres, de hombres ejemplares en doctrina y virtud; comprometedor tradición que os obliga a aspirar a grandes empresas. Sólidos principios, virilidad de carácter, integridad de vida, son como el aire de familia de nuestro muy amado claustro: que propios y extraños os reconozcan por ello.

En los tiempos caballerescos solían los noveles paladines elegir entre las doncellas del reino una a quien tener por señora, dueña e inspiradora de sus hazañas; ella debía entregarles el noble acero para la defensa del honor templado y aleccionado para la conquista de la gloria; ella debía recibir los nuevos blasones adquiridos en justa, franca y valiente; ella debía poner en sus manos el fértil gajo de los héroes. Mirad, jóvenes, caballeros del ideal, la Doncellita de Nazaret ha de ser para vosotros inspiradora, sostén, corona y gloria de vuestros generosos empeños. Pasad ante Ella, en alto el acero invicto del pensamiento; desplegad a sus pies vuestro limpio estandarte, bordada en oro la cifra de su nombre, y marchad de frente al futuro, que os pertenece por herencia y que debe ser vuestro por derecho de conquista.

Gracias sean dadas al cielo porque está de nuevo en medio de nosotros aquel a quien podemos llamar con justicia el segundo fundador de la obra de Fray Cristóbal,

preguntadle a él si no es Nuestra Señora, la reina de los doctores, la inspiradora de sus mentes, si no es Ella la fuerza invencible del cristiano, la que da al niño energía de varón perfecto y a éste talla y robustez de héroe; si por acaso alguno pudo evitar el pecado y practicar la virtud si no fuese por su intersección sostenido. Ella os de gusto en la ardua tarea de la adquisición de la ciencia, temple vuestro carácter y os haga buenos, de la misma manera que cuando niños la mirada de vuestras madres era premio y sostén.

Veladora se mantiene en este sagrado recinto la imagen de aquella a quien llamáis con familiar lenguaje *La Bordadita*, como si quisiérais con esta casi infantil expresión manifestar el lazo estrecho de cariño que os une a vuestra celestial Protectora; suban, pues, en su obsequio vuestros afectos cristianos y vuestras preces sinceras, hoy, en esta mañana, en la mañana de la juventud; guárdense como aroma inextinguible hasta el ocaso de la vejez, y sea el culto de María vuestra prez de católicos, vuestro gaje de predestinados.

Historia de un soneto, o un soneto de historia

Hay en castellano un verbo que se usa poco, pero cuya acción se practica mucho. Este verbo se llama *atrarchar*. Las nueve décimas partes de los mortales no andan por el camino real, por donde con la frente alta transitan los que quieren cumplir con Dios y con sus conciencias. Pero esta vía es demasiado larga, y para llegar pronto y sin grande esfuerzo a la meta no hay como echar por el atajo.